

Sergio Silva Castañeda y Graciela Márquez, *Matías Romero y el oficio diplomático: 1837-1898*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, Instituto Matías Romero, 2016, 118 pp.

RECEPCIÓN: 8 de junio de 2017.

APROBACIÓN: 2 de mayo de 2018.

Escribir una biografía de Matías Romero siempre me ha parecido una proeza, debido a la abundancia de materiales que el ilustre diplomático publicó sobre sus misiones en Washington, así como a los textos inéditos que se resguardan en el Archivo Histórico Genaro Estrada de la Secretaría de Relaciones Exteriores y el Banco de México.

No obstante, Sergio Silva Castañeda y Graciela Márquez, con gran oficio de historiadores, lograron una adecuada selección de las fuentes primarias y compilaron una bibliografía de 41 entradas entre libros, artículos y documentos de la época publicados principalmente por el Congreso de Estados Unidos.

Esta obra constituye una biografía de divulgación “fina”. Para mí es importante resaltar este matiz, pues actualmente la “divulgación de la historia” abarca una serie de escritos que van de lo novelesco a lo simplemente chabacano.

Los autores trazan las grandes líneas biográficas de Matías Romero, desde su nacimiento en Oaxaca y su formación en el Instituto de Ciencias y Artes de la misma ciudad.

Es esclarecedor el análisis del periodo de 1857 a 1867. En efecto, durante esta década Romero pasó de ser un simple “meritorio”, como se le llamaba en la época, de la Secretaría de Relaciones Exteriores, a participar al lado de Melchor Ocampo en la firma del controvertido Tratado McLane-Ocampo. Después, en 1861, a los 23 años, fue nombrado encargado de negocios interino en Washington. En esa capital, además de percatarse de lo difícil que iba a ser la aprobación del Tratado, Romero observó el estado de descomposición de un país que estaba al borde de la guerra civil. Fue testigo de su estallido,

pero también de cómo el gobierno de Lincoln se hacía de la vista gorda ante la compra de pertrechos del ejército francés invasor de México en puertos de la Unión. Los autores puntualizan: “Romero dirigió, en varias ocasiones, sus protestas a Seward por la compra de armas y equipo por parte de Francia en Estados Unidos” (p. 40).

En junio de 1863, Romero decidió abandonar Estados Unidos. Desembarcó en Tampico y se puso al servicio del gobierno republicano presidido por Benito Juárez. Romero deseaba apoyar a su patria como simple soldado y sirvió brevemente como jefe del Estado Mayor del general Porfirio Díaz. Sin embargo, el gobierno de Juárez conocía la experiencia que había adquirido en sus casi cuatro años en Washington y, en septiembre de 1863, lo nombró enviado especial y ministro plenipotenciario de México en Estados Unidos. Partió acompañado por Ignacio Mariscal en calidad de secretario de la legación de México. Se inició así una fructífera relación entre ambos personajes. Como resaltan los autores, Mariscal era ocho años mayor que Matías Romero, pero implícitamente reconocía su pericia en la complicada política estadounidense.

Silva y Márquez relatan las principales vicisitudes a las que tuvo que hacer frente Romero, especialmente en 1864, cuando la llegada de Maximiliano y Carlota a México y el reconocimiento del Imperio por parte de casi todos los Estados europeos hicieron más incierta la presencia del ministro juarista en Washington.

Es un hecho demostrado que el gobierno de la Unión nunca trató de malquistarse con la Francia de Napoleón III, por temor a que reconociese a la Confederación. Romero —dicen los autores— “tenía que competir con los diplomáticos franceses y con el representante de Maximiliano en Washington y en Nueva York”. En efecto, “durante el Imperio de Maximiliano se nombró a Luis de Arroyo, residente en Nueva York, cónsul del Imperio y en marzo de 1865, por medio de Thomas Corwin, exministro de Estados Unidos en México, solicitó una entrevista con el presidente [Abraham Lincoln] para pedir el reconocimiento del emperador, pero le fue negada. Mariano Degollado y el marqués de Montholon corrieron la misma suerte al intentar que Maximiliano fuera reconocido por Estados Unidos”.¹

¹ Archivo Histórico Genaro Estrada. C-R-1-11, ff. 231-232. En María Teresa Camarillo, *Representantes diplomáticos de México en Washington, 1822-1973*, 1974, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, pp. 36-37.

El fin de la guerra civil en 1865 cambió, aunque lentamente, la situación para México: los estadounidenses abandonaron su cautela cuando se retiraron las tropas de Luis Napoleón de México y por fin el gobierno de la República pudo comprar armas en Estados Unidos.

Los autores también señalan el feliz desempeño que tuvo Matías Romero en “el puesto más difícil”: la Secretaría de Hacienda y Crédito Público. Romero ocupó el cargo de enero de 1868 a junio de 1874, con Juárez; de mayo de 1877 a abril de 1879, en el primer gobierno de Porfirio Díaz, y de marzo a diciembre de 1892, también con Díaz. En las tres ocasiones se dedicó con ahínco a la ímproba tarea de sanear la Hacienda Pública. Los resultados se vieron en 1896, cuando Limantour logró el primer superávit en los gastos públicos.

El libro finaliza con el relato meticuloso de los dieciséis años transcurridos de 1882 a 1898, en que nuevamente fungió como enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de México en Washington. Entonces se dedicó a negociar lo que se puede considerar como el primer intento de un tratado de libre comercio, el Tratado de Reciprocidad de 1883. Romero abordó también el complicadísimo problema de los límites con Guatemala y participó en la celebración en Washington de la Conferencia Internacional Americana.

Llegando a este punto, cabe preguntarnos cómo era Matías Romero. Contamos con el pintoresco retrato que hace Victoriano Salado Álvarez en sus *Memorias*:

Yo no le conocí —don Victoriano llegó a Washington como agregado de la embajada en 1903— pero recuerdo muy bien a un terrible retrato suyo que se hallaba en el despacho del embajador.

Era un cuadro de mala ejecución que representaba a un hombre de más de cincuenta años, escaso el cabello, espesas las cejas, morena la tez, torva la mirada, ensombrecida con espejuelos oscuros, flacas y nerviosas las manos, de las cuales una, la derecha, empuñaba con vigor un cartapacio que contenía de seguro algunas endiabladas notas. Y caracterizando y oscureciendo la figura, un enorme levitón negro que le daba aspecto de clérigo evangelizante.

Al verlo en aquella actitud, que parecía de mando, muchas veces me ocurrió pensar: si bajaras de ese lienzo y te pusieras frente a mí, ¿qué cosas me ordenarías? ¿Tendría que copiar las decisiones de Marshall, o *El Federalista*, o el diccionario de Webster, o la Biblia en pasta, como obligaste a los infieles Massin, [José F.] Godoy y Pardo y a aquel trágico [Enrique] Santibáñez, que “en un golpe de tos dejó la vida” a la puerta del Hotel Wilson?

Alguna vez le llame *squatter* por su austeridad; pero era algo más y algo menos. Poco tenía de campesino y mucho tenía de inquisidor, mas no al estilo de don Juan de Mañosca,² sino a la manera de Cotton Mather, pues costumbres, opiniones e ideas las había moldeado en la turquesa anglosajona.

Trabajaba por lo que muchos mexicanos pasados, presente y futuros no hemos trabajado. Trabajaba por placer, por *sport*, por gusto, por necesidad, por todo, y no solo trabajaba él, sino que hacía trabajar a cuanto estaban a sus órdenes, a cuantos querían complacerlo, a cuantos pretendían contrariarlo, a todo el mundo.

No tenían fin las anécdotas del señor Mariscal respecto a don Matías.

Hacía copiar y traducir cuanto encontraba, sin que se contara con los medios de ahora [escribía esto en 1929]. Ni máquinas de escribir y de calcular, ni papel carbón, ni mimeógrafo, ni electricidad aplicada a la escritura había entonces. Todo tenía que hacerse a mano, y a mano se escribieron los diez volúmenes, o sea cosa de veinte mil páginas de letra *mignon*, que forman la *Correspondencia de la Legación Mexicana en Washington durante la Intervención*.³

Este pintoresco retrato, tal vez injusto en algunas de sus apreciaciones y juicios, es contrastado admirablemente por el libro de Sergio Silva Castañeda y Graciela Márquez.

RAÚL FIGUEROA ESQUER

Departamento Académico de Estudios Generales, ITAM

² Juan de Mañosca, inquisidor español en Nueva España en el siglo XVII.

³ Victoriano Salado Álvarez, *Memorias de Victoriano Salado Álvarez*, 1946, México, Iberoamericana de Publicaciones, vol. I, p. 379.